Muerte en la madrugada Granada. Julio-Agosto de 1936
NICHOLSON, Helen
Edición y estudio preliminar de Cristina Viñes Millet
Traducción del inglés de José Ruiz Mas
Granada, Atrio, 2006, 197 págs.

La acertada iniciativa de la editorial Atrio y de Cristina Viñes ha permitido la traducción y publicación en España, por primera vez, de un libro que relata la experiencia de Helen Nicholson ante los inicios de la guerra civil. Esta mujer, baronesa de Zglinitzki, norteamericana de nacimiento y londinense de vecindad, publicó la edición original de su obra —con el título *Death in the morning*— en enero de 1937, tras haber permanecido en Granada hasta finales de agosto del año anterior. La profesora Viñes, catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada, además de estar al cuidado de la edición, ha sabido destacar en su estudio preliminar la visión de los extranjeros ante la guerra de España.

Tras un primer repaso del texto de Nicholson, el lector, sobre todo el que tiene un cierto conocimiento de la guerra civil iniciada en 1936, puede sospechar que estamos ante un libro de propaganda, redactado para justificar en el extranjero la rebelión militar contra el régimen democrático de la II República. La consideración de comunista del bando que se enfrenta a los sublevados, la constante narración de episodios horripilantes sucedidos en la retaguardia republicana, las noticias de importantes sumas de dinero ruso en pequeñas localidades al principio de la contienda, la directa identificación de los contrarios como criminales…, entre otras características de la obra, pueden inclinar a pensar que se trata de una operación destinada a la defensa de los sublevados, como mu-

chas otras redactadas con esa finalidad y dirigidas a los sectores más conservadores de las sociedades occidentales. De hecho, se trata sin duda de una persona muy identificada con los rebeldes, quizás no tanto con la ideología pero sí con su mentalidad. Incluso, llega a emplear la primera persona del plural para referirse al bando insurgente. Y tampoco duda en afirmar que «España estaba purgando con sangre y fuego toda su decadencia».

Sin embargo, más que un libro de propaganda, aunque luego pudiera utilizarse como tal, considero que estamos ante unas memorias, circunscritas a un espacio corto de tiempo, que reflejan perfectamente cómo vivieron el conflicto no sólo los extranjeros sino un determinado sector de la sociedad española. El miedo a las clases populares está presente incluso en escenas de la vida cotidiana correspondientes al período anterior a la guerra. En este sentido, creo que es muy ilustrativo el suceso que refiere ocurrido en Motril cuando un grupo de jóvenes de entre 15 y 20 años rodeó el coche en el que estaban la autora y unos amigos. Aunque les despidieron con saludos y besos lanzados con las manos, lejos de interpretar la situación como resultante de la curiosidad propia de la edad de los muchachos, la presencia de extranjeros o, incluso, de un vehículo a motor, Helen Nicholson y su yerno interpretan que tuvieron suerte de no haber sido asesinados. Es significativo que se hable del grupo como «jóvenes cuervos de agresiva mirada» y que «los jóvenes de esa edad son los peores de todos».

En este sentido, no obstante, se trata de un libro muy útil para conocer cómo se habían extendido entre sectores de la clase acomodada todo tipo de historias de terror, la mayoría falsas, que propiciaban un estado de necesidad. Esa «violencia comunista» se incrementaba hasta límites insospechados en los lugares donde había fracasado la rebelión militar. Hoy sabemos que este recurso de difundir una imagen despiadada del enemigo entre los residentes en la retaguardia propia fue repetidamente utilizado en los dos bandos contendientes en la guerra civil.

Sin embargo, puede sorprender la escasa importancia que Helen Nicholson le concede a la brutal represión emprendida por los insurrectos, a los que no vacila en definir como fascistas, lo que resulta mucho más grave si tenemos en cuenta lo sucedido en una capital como Granada, «aquella ola incontenible e incontenida de barbarie que tan nefasta herencia dejó», tal y como nos ha recordado el profesor Manuel Titos en su libro *Verano del 36 en Granada*. Es cierto que hace referencia a los fusilamientos e, incluso, muestra su preocupación cuando afectan a personas cercanas a su entorno. Especialmente dramática resulta la historia que Helen cuenta del portero del cementerio, padre de veintitrés hijos, que pidió ayuda a su yerno para conseguir trasladar el domicilio situado en las inmediaciones de su lugar de trabajo, ya que «no podían evitar oír los disparos y a veces otros sonidos —los gritos y alaridos de

los moribundos—, lo cual constituía toda una pesadilla». A pesar de ello, la autora parece justificar, o al menos asumir como un mal necesario, la violencia desatada por los insurrectos contra los que suele calificar como «traidores» y «criminales».

Un ejemplo significativo de esta actitud lo encontramos al referirse a la ejecución del ingeniero Juan José Santa Cruz, profesional reconocido en la ciudad granadina. Narra como su hija Asta comentó que se habían «visto obligados» a fusilarlo porque «estaba planeando volar la ciudad» y que le habían encontrado papeles que «probaban todo esto». Hoy no deja de sorprendernos la afirmación concluyente planteada en la conversación: «tenía amigos poderosos; debe haber sido culpable sin duda alguna, ya que no pudieron salvarlo». La respuesta de Helen Nicholson ante la perplejidad de la hija es representativa de una actitud permisiva y de aceptación del fenómeno represivo: «Si era culpable, supongo que tenían que fusilarlo. Estamos en guerra, lo sabes».

En definitiva, como decía al principio, se trata de una publicación acertada y un libro útil para conocer las actitudes, incertidumbres y temores de un sector de la sociedad española ante el conflicto desatado en los años treinta del siglo veinte. No es una investigación que explique los inicios de la guerra civil en Granada, pero sí un testimonio necesario para conocer una parte de esa coyuntura histórica. Como algunos hemos comentado ya en distintas ocasiones, no se debe identificar memoria con historia, pero no cabe duda de que ésta necesita de aquélla para su mejor comprensión.

Rafael QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ